LA MÁXIMA
Bioparque

OLAVARRÍA
MUNICIPIO

# LEYENDA BAJO LOS ÁRBOLES

*Leyendas árboles nativos*

~

Desde tiempos ancestrales, los pueblos originarios del Abya Yala han transmitido, de generación en generación, relatos en los que los árboles nativos son seres vivos cargados de espíritu y memoria. Cada leyenda guarda una enseñanza: *vivir en reciprocidad con la naturaleza y reconocerla como parte de la comunidad.*

Este modo de comprender el mundo se vincula al buen vivir, la cosmovivencia que sostiene que la vida solo tiene sentido en equilibrio con la Casa Común. Frente a un modelo económico que ha puesto en riesgo la vida misma sobre la tierra, recuperar estas historias se vuelve un acto educativo y emancipador: nos invita a cuestionar visiones hegemónicas y a revalorizar saberes que nos orientan hacia una conciencia ambiental más justa y solidaria.

En estas páginas, los árboles hablan a través de los mitos y las leyendas, recordándonos que *cuidar la naturaleza es también cuidar la vida.*

**Intendente**
Maximiliano Wesner

**Secretaria de Desarrollo de la Comunidad**
Laura Gamberini

**Subsecretaria de Cultura**
Sofía Arevalo

**Director del Bioparque La Máxima**
Bruno Vitale Ampuero

## ÍNDICE

Algarrobo ..... 5

Espinillo ..... 8

Palo Borracho ..... 10

Jacarandá ..... 12

Cina Cina ..... 14

Tala ..... 16

Ombú ..... 18

Pehuen ..... 20

Ceibo ..... 22

## ALGARROBO

Hace mucho, mucho tiempo, en un rincón del monte chaqueño, vivía una tribu muy alegre. Eran descendientes del dios Sol, al que llamaban Inti, y gracias a su amor, vivían rodeados de frutos deliciosos, ríos de agua clara y campos verdes que daban cosechas abundantes. Todos eran felices y nunca les faltaba nada.

Pero un día, con tantas cosas buenas, la gente empezó a olvidarse de algo muy importante: dar las gracias. Ya no agradecían a la Pachamama, la Madre Tierra, que les daba todo lo que necesitaban. Se dedicaban solo a jugar, descansar y divertirse.

Esto puso muy triste a la Pachamama, y al ver la falta de gratitud de su pueblo, el dios Inti se enojó. Como castigo, envió sus rayos con mucha fuerza: el sol quemó los cultivos, los ríos se secaron y la tierra dejó de dar frutos. La tribu, que antes vivía feliz, empezó a pasar hambre y tristeza.

Pero no todos se olvidaron de agradecer. Tuca, la hija del cacique, era una niña buena y generosa. Al ver el sufrimiento de su gente, fue al bosque y le pidió con todo su corazón a la Pachamama que los perdonara y los ayudara.

Tan cansada quedó de tanto pedir, que se quedó dormida bajo un árbol grande y frondoso. Mientras dormía, soñó con la Pachamama, que le habló con una voz dulce:

—Tuca, cuando despiertes, junta los frutos de vainas amarillas que caen de este árbol y llévalos a tu pueblo.
Cuando Tuca abrió los ojos, vio que el árbol estaba lleno de vainas amarillas. ¡Era un algarrobo! Recolectó muchos frutos y volvió corriendo a la aldea.

Todos comieron de esos frutos y recuperaron sus fuerzas. Con las semillas, plantaron más algarrobos, y poco a poco, los árboles dieron sombra, comida y esperanza. La tribu volvió a ser feliz, pero esta vez con una gran lección en el corazón: nunca más se olvidaron de agradecer a la Pachamama ni al Sol por los regalos de la naturaleza.

Y así, gracias a la valentía y el amor de Tuca, el árbol del algarrobo se convirtió en símbolo de gratitud y vida para todo su pueblo.

## ESPINILLO

Hace mucho tiempo, en medio del verde monte donde cantan los pájaros y corre el viento suave, vivía una joven guaraní llamada Eireté. Era muy feliz con su esposo, Cuimbá, un valiente guerrero, y su pequeño hijo. Pero un día, Cuimbá fue a una guerra y no volvió. Eireté, aunque triste, cuidaba con amor a su hijito, enseñándole a escuchar la voz del monte y a respetar a la naturaleza.

Un día, mientras caminaban juntos entre los árboles, se alejaron sin darse cuenta de la aldea. De pronto, un rugido fuerte rompió el silencio: ¡era un yaguareté! Una gran fiera que los miraba con hambre en los ojos.

Eireté, con mucho miedo, pero aún más valor, tomó a su hijo en brazos y corrió. Corrió entre ramas, hojas y raíces, pidiendo ayuda al dios Tupá, el más poderoso de todos.

Tupá, desde el cielo, escuchó su pedido. Entonces hizo que un camino de arbustos de espinillos creciera frente a ella. Las ramas llenas de espinas se cerraban detrás de sus pasos, protegiéndola del yaguareté, que ya no pudo seguirlos.

Cansados, pero a salvo, Eireté y su hijito se escondieron entre los arbustos y se quedaron dormidos. El monte se oscureció y llegó el frío de la noche, pero Tupá no los abandonó. Pidió al sol que mandara rayos de luz y calor para que la joven y su niño durmieran calentitos y tranquilos.
A la mañana siguiente, Eireté despertó con su hijo en brazos, sanos y salvos. Salieron del espeso monte y regresaron felices a su tribu, donde todos los recibieron con alegría.

Desde entonces, el espinillo, ese arbusto que los protegió, florece cada año con pequeñas flores doradas como el sol y dulces como el perfume de Eireté. Y los guaraníes enseñan a sus hijos que el espinillo es un regalo del dios Tupá, que guarda en sus ramas la historia de una madre valiente y del amor que todo lo puede.

## PALO BORRACHO

En una tribu rodeada de selva y pájaros cantores, vivía una joven muy hermosa. Todos los muchachos querían conquistar su corazón, pero ella solo amaba a un valiente guerrero. Se querían muchísimo y soñaban con estar siempre juntos.

Pero un día, la tribu entró en guerra. El joven guerrero tuvo que marchar con los demás para defender a su gente. Antes de irse, se despidieron con un abrazo largo y prometieron amarse por siempre.

Pasó el tiempo... y los guerreros no regresaban. Las noticias llegaron tristes: el joven no volvería jamás. El corazón de la muchacha se llenó de dolor, tanto, que ya no quiso hablar con nadie ni aceptar a ningún otro pretendiente. Su amor estaba con el guerrero para siempre.

Una tarde, muy triste, la joven fue sola a la selva. Se internó entre los árboles y las plantas, buscando un rincón donde descansar para siempre. Dicen que allí la encontraron unos cazadores, pero al intentar levantarla, ocurrió algo increíble: de sus brazos comenzaron a crecer ramas, su cuerpo se volvió madera, y de sus dedos brotaron flores blancas como sus lágrimas.

Los cazadores corrieron a contar lo que habían visto, asombrados. Días después, cuando volvieron con más personas, encontraron un árbol alto y fuerte, con flores que ahora eran de un suave color rosado.

Desde entonces, cuentan que esas flores nacieron del amor fiel de la joven y del valiente corazón del guerrero. Las flores blancas recuerdan sus lágrimas, y el rosado, la valentía de quien luchó por su pueblo.

Y así, en lo profundo de la selva, florece cada año la flor de la promesa, recordando a todos que el amor verdadero vive para siempre, incluso entre los árboles.

## JACARANDÁ

Una tarde soleada, Pilar, una joven española, salió a pasear con su doncella. Mientras caminaban, vio a un joven indígena llamado Mbareté. Solo se miraron un instante, pero fue suficiente para que ambos quedaran encantados. Desde entonces, Mbareté buscaba maneras de acercarse a las casas, esperando volver a ver a Pilar. Y Pilar, en su corazón, no dejaba de pensar en él.

Con el tiempo, volvieron a encontrarse. Mbareté quiso aprender a hablar español para poder hablar con Pilar y contarle lo que sentía. Aprendió con muchas ganas, y un día, cuando Pilar enseñaba catecismo a unos niños, él se acercó y, con timidez, le dijo que la quería mucho. Pilar se sonrojó y, aunque estaba sorprendida, le sonrió con dulzura, mostrando que también sentía lo mismo.

Empezaron a verse en secreto y soñaban con estar juntos para siempre. Mbareté le propuso a Pilar construir una casita junto al río, rodeada de naturaleza. Ella aceptó feliz, y una noche, cuando la luna brillaba en el cielo, escaparon juntos para comenzar una nueva vida.

Pero al poco tiempo, el papá de Pilar notó su ausencia y salió a buscarla. Alguien le contó que la habían visto con Mbareté, y, muy enojado, fue tras ellos con otras personas. Cuando encontraron la choza junto al río, vieron a Pilar y a Mbareté muy felices. El padre, lleno de rabia, quiso separarlos. Pilar, al ver la escena, se interpuso justo cuando el disparo fue lanzado. Cayó muerta. Mbareté, paralizado, fue también abatido.

El padre regreso a su casa, pero no pudo olvidar lo ocurrido. Al amanecer, volvió a la choza. No halló rastros de la tragedia. En su lugar, crecía un jacarandá de tronco fuerte y flores violáceas. Comprendió entonces que Dios, compadecido, había convertido a Mbareté en aquel árbol, y que los ojos de su hija lo miraban desde cada flor.

## CINA CINA

Había una vez, en un rincón del campo, un arbolito llamado Cinacina. Antes, era muy hermoso: tenía flores suaves como pompones y hojas tan finas que parecían cabellos de seda. Los pajaritos hacían sus nidos entre sus ramas, y hasta el sol jugaba con ella, acariciando su copa con rayos dorados.

Pero un día, una bruja malvada llamada Zarzatinieblas se enojó con la cinacina. ¿Por qué? Porque la cinacina no quiso prestarle sus ramas a su amiga, la urraca ladrona, que quería hacer un nido para esconder cosas robadas.

—¡Me las vas a pagar! —gritó la bruja, y le lanzó un hechizo.

Desde entonces, las flores de la cinacina se convirtieron en espinas puntiagudas, y sus suaves hojitas se volvieron ásperas, como culebritas secas. Los pajaritos se asustaron y no volvieron. Hasta los corderitos, que pasaban cerca, huían por miedo a pincharse.

—¡Es fea como una bruja! —decía la calandria. —¡Bruja, bruja! —repetía la palomita del monte.

La pobre cinacina se sintió muy triste y sola. Hasta el sol parecía evitarla. Pero una tarde, cuando ya no podía más con la tristeza, miró al cielo y le habló al Sol:

—Padre Sol, tú que das luz y calor a todos... incluso al cardo bravío... por favor, ¡tené piedad de mí! Estoy así por culpa de la bruja Zarzatinieblas, ¡no es justo!

El Sol, que lo ve todo desde el cielo, se conmovió con las palabras de la cinacina. Y justo antes de esconderse, le regaló un rayo de oro tibio y brillante, que cayó directo sobre su copa.

Esa noche, la bruja Zarzatinieblas caminaba por el campo oscuro, envuelta en sus chales de sombra, cuando de pronto... ¡vio una luz brillante en el monte! Era la cinacina, que ahora resplandecía con un brillo suave y cálido.

Enojada, la bruja quiso quitarle esa luz. Pero la cinacina ya no era la misma. Aunque seguía teniendo espinas, había aprendido a ser valiente. Cuando las garras corvas de Zarzatinieblas quisieron arrebatar el rayo dorado, las ramas de la cinacina la rodearon por sorpresa y le clavaron sus pinchos.

## TALA

Muy cerca de unos grandes montes verdes vivía una familia sencilla y feliz. Habían construido una casita donde se protegían del frío y de la lluvia, y esperaban con alegría los días de sol para salir a disfrutar de la naturaleza.

La alegría de esa familia era su hijita Raihue, que en lengua guaraní significa Flor Nueva. Era una niña curiosa y vivaz, que corría todo el día detrás de sus padres, queriendo aprenderlo todo.

Un día, mientras sus papás trabajaban, la curiosidad de Raihue fue más fuerte. Miró hacia el monte, que parecía llamarla con sus colores y sonidos misteriosos. Sin decir nada, y en un pequeño descuido de sus padres, la niña se adentró entre los árboles.

Raihue caminaba y caminaba, maravillada por cada flor, cada hoja, cada canto de ave... pero sin darse cuenta, se fue alejando demasiado. Cuando cayó la noche, miró a su alrededor y se dio cuenta de que estaba perdida. Sintió un poco de miedo y pensó en lo que sus padres siempre le decían: “No entres sola al monte, pequeñita”.

Mientras tanto, sus padres, muy preocupados, pidieron ayuda a los vecinos para buscarla. Todos juntos se adentraron en el monte, que era espeso y difícil, rogando a los dioses que protegieran a la pequeña Raihue y la hicieran volver sana y salva.

Al día siguiente, cuando el sol comenzó a brillar entre las ramas, uno de los vecinos vio algo brillante. Se acercaron... ¡y no podían creer lo que veían! En un claro del bosque, los rayos del sol iluminaban pequeñas frutas amarillas que brillaban como joyitas por el rocío de la mañana.

Y allí, en medio de ese espectáculo mágico, estaba Raihue, sentada, feliz, comiendo los dulces frutos del tala que había encontrado. Gracias a ellos, había podido mantenerse fuerte en su pequeña aventura.

## OMBÚ

Antes de la llegada de los conquistadores, los indios pampas vivían en paz. Los hombres cosechaban los frutos de la tierra, cazaban y se encargaban de proteger a su pueblo. Las mujeres cocinaban, cuidaban a los pequeños y lavaban la ropa.

Pero un día llegó el invasor y los hombres se marcharon a pelear. ¡Debían proteger sus tierras! Cuando se fueron, en la tribu solo quedaban las mujeres, los niños y los ancianos. El cacique, antes de marchar a pelear, le pidió a su esposa, Umbi, que cuidara al pueblo. Umbi y las mujeres comenzaron a sembrar y cuidar las cosechas.

Todo iba bien, los maizales estaban enormes, la comunidad tenía alimento.

Pero de repente empezó a faltar el agua. El viento, caliente, secaba las plantas. El sol intenso quemaba el maíz. No había una sombra que protegiera las plantas. Umbi estaba muy preocupada. Si se mueren las plantas ¿qué iban a comer? "¡Nos vamos a morir de hambre!", pensaba.

Presa de la desesperación, se abrazó a una planta de maíz y la quiso proteger dándole sombra. Y comenzó a llorar al ver que se secaba y moría. Lloró, lloró, lloró tanto que sus lágrimas se regaron por todo el maizal. Y así llorando, Umbi se quedó dormida.

El dios Geunechen, al ver lo que había pasado, sintió lástima por Umbi y decidió transformarla en una enorme planta, el ombú. La planta era tan grande que daba sombra a todo el maizal.

Los maíces se recuperaron, volvieron a ser verdes y fuertes.

Los pampas tenían otra vez alimento. Y la dulce Umbi quedó para siempre, para siempre, formando parte del hermoso paisaje.

## PEHUEN

Hace mucho, mucho tiempo, un pueblo llamado pehuenche vivía cerca de los grandes árboles llamados pehuenes o araucarias. Estos árboles eran muy importantes para ellos. Se reunían bajo sus ramas para rezar, hacer ofrendas y colgar regalos. Pero había algo que nunca hicieron: no cosechaban los frutos del árbol, porque pensaban que eran venenosos y no podían comerlos.

Un año, el invierno fue muy frío y largo. La nieve cubrió todo, los ríos se congelaron y los pájaros volaron lejos. La gente del pueblo, especialmente los niños y los abuelitos, comenzaron a pasar hambre. Ya no había comida, y todos estaban muy tristes.

Nguenchen, el Dios creador, parecía estar dormido. Nadie lo escuchaba y la gente comenzó a perder la esperanza.

Un día, el Lonko, que era el jefe del pueblo, decidió enviar a los jóvenes a buscar comida en otros lugares. Entre los jóvenes que partieron, había un muchacho que caminó mucho, cruzó montañas de arena y vientos fríos. Pero, cuando ya estaba regresando, cansado y sin nada en las manos, encontró a un anciano que caminaba junto a él.

El joven, triste y preocupado, le habló al anciano sobre su pueblo, los niños y los abuelitos que estaban enfermos y hambrientos. El anciano lo miró con sorpresa y le preguntó:

—¿No son suficientes los piñones de los pehuenes para ustedes? Cuando caen del árbol, ya están listos para comer. Con una sola piña se puede alimentar a una familia completa.

El joven le contó que siempre habían pensado que los piñones eran venenosos y que eran demasiado duros para comer. Entonces, el anciano le explicó:

—Solo necesitan hervirlos en mucha agua o tostarlos al fuego. Así se hacen suaves y deliciosos.



Después de dar el consejo, el anciano se alejó y el joven, muy pensativo, siguió su camino. Cuando llegó al bosque, fue a buscar debajo de los pehuenes y encontró muchos piñones que cayeron de los árboles. Los recogió con mucho cuidado y los llevó al Lonko.

El Lonko escuchó con atención lo que le contó el joven y se quedó en silencio por un momento. Luego dijo:

—Ese anciano debe ser Nguenchen, nuestro Dios, que ha venido a ayudarnos. Vamos a preparar este regalo que nos ha dado.

La tribu entera se unió para cocinar los piñones. Algunos fueron a recoger más piñones, otros trajeron agua y encendieron el fuego. Todos trabajaron juntos, tostaron y hirvieron los piñones. Fue una fiesta muy especial, y por primera vez en mucho tiempo, el pueblo pehuenche comió hasta saciarse.

## CEIBO

En lo profundo de la selva, donde cantan los pájaros y las hojas bailan con el viento, vivía una niña guaraní llamada Anahí. Ella conocía cada rincón del bosque, cada flor y cada árbol. Amaba tanto su tierra que decía que el río Barroso le contaba secretos cuando pasaba entre las piedras.

Anahí tenía una voz hermosa. Cuando cantaba, hasta los pájaros guardaban silencio para escucharla. Su canto era suave como la brisa y alegre como el sol.

Pero un día, algo cambió. Un ruido fuerte y extraño llegó desde el río. Eran hombres desconocidos, con la piel blanca y ropas de metal, que venían de muy lejos. Traían armas y querían quedarse con la tierra. La tribu de Anahí intentó defender su hogar, pero muchos cayeron luchando.

Anahí, valiente como un jaguar, hizo todo lo que pudo para proteger su selva. Pero una noche, fue atrapada por los soldados. La llevaron a su campamento y la ataron para que no pudiera escapar. Pero Anahí era muy astuta: logró soltarse y trató de volver a su querido bosque. Sin embargo, la atraparon otra vez.

Los soldados, muy enojados, dijeron que Anahí debía recibir un castigo. La ataron a un árbol y prepararon una gran fogata. Pero cuando encendieron el fuego... ocurrió algo mágico.

Anahí no lloró. En vez de eso, comenzó a cantar. Su voz era tan hermosa, tan llena de amor por su tierra, que pareció abrazar a toda la selva. El cielo escuchó su canción, y cuando salió el sol, las llamas desaparecieron.

Los soldados no podían creer lo que veían: donde estaba Anahí, ahora había una flor roja brillante, creciendo en el mismo árbol. Era una flor diferente a todas, con pétalos como llamas suaves, y con un perfume dulce como su voz.

Desde entonces, esa flor crece en la selva como un regalo de Anahí. Se llama ceibo, y los guaraníes cuentan que es el recuerdo de una niña valiente que amó tanto a su tierra, que se convirtió en flor para vivir en ella por siempre.